

FEDERICO CAIVANO

UNIVERSIDAD CATÓLICA ARGENTINA

EL CONOCIMIENTO
Y SUS HORIZONTES
ANÁLISIS Y COMPARACIÓN DEL PAPEL
DE LA PERSPECTIVA ENTRE LAS
GNOSEOLOGÍAS DE KANT, NIETZSCHE,
HUSSLERL Y ORTEGA Y GASSET

Recepción: Agosto 2012

Aceptación: Octubre 2012

RESUMEN

En este artículo se abordan los planteos gnoseológicos básicos de Kant, Nietzsche, Husserl y Ortega con el fin de establecer un paralelismo entre ellos. El elemento común que se busca es la noción de perspectiva como límite de nuestro conocimiento y a la vez como puerta de entrada y salida entre el Yo y el mundo. En esa búsqueda se tendrá especialmente en cuenta la respuesta orteguiana a la dicotomía racionalismo-relativismo, acaso ya intuida por los otros tres autores.

PALABRAS CLAVE

Perspectiva. Horizontes. Gnoseología. Racionalismo-relativismo. Ortega y Gasset.

RESUMO

Neste artigo abordam-se as propostas básicas de Kant, Nietzsche, Husserl e Ortega com o fim de estabelecer um paralelismo entre eles. O elemento comum buscado é a noção de perspectiva como limite do nosso conhecimento e por sua vez como porta de entrada e saída entre o Eu e o mundo. Nessa busca terei especialmente em conta a resposta de Ortega à dicotomia racionalismo-relativismo, que acho intuido pelos outros três autores, ainda que de modo menos explícito que com Ortega.

PALAVRAS-CHAVE

Perspectiva. Horizontes. Conhecimento. Racionalismo-relativismo. Ortega y Gasset.

1. INTRODUCCIÓN

El presente trabajo pretende encontrar una línea de pensamiento común entre Kant, Nietzsche, Husserl y Ortega y Gasset. Tales personalidades, tan disímiles entre sí, parecen compartir una idea gnoseológica fundamental en sus filosofías: la de la *perspectiva* (la cual trataré como análoga a la imagen del horizonte). Claro está que en cada uno la acepción de la palabra tendrá peculiaridades que por mucho o por poco diferenciarán a cada pensamiento de los otros. De hecho, en el sistema kantiano ni siquiera se menciona explícitamente algo así como una “perspectiva” dentro del acto de conocimiento, si bien pretendo dar razones para suponer su existencia implícita. Hay otros filósofos que también tratan la cuestión (como Leibniz), pero por temas de espacio e ignorancia me detendré solamente en estos cuatro.

Pretendo, además, dar razones para afirmar que la filosofía de Ortega logra desarrollar más profundamente la noción de perspectiva que sus predecesores, y que por eso es legítimo abordar este estudio principalmente desde su filosofía. Ahora bien, decir que Ortega es el culmen o la síntesis de los anteriores autores sería contradictorio para la filosofía perspectivista misma. La inabarcable extensión (tanto en cantidad como en cualidad) de la realidad impide que cualquier estudio serio sea cerrado, acabado, terminantemente último. Por otra parte, sería ingenuo de mi parte hablar de perspectivas sin ser consciente de la mía propia (aunque esto no signifique que supere todas mis ingenuidades), con lo cual no me parece exagerado proponer este análisis como, ante todo, tentativo, esperando no forzar las ideas originales de cada autor al tratar de descubrir las mías propias.

Este trabajo, en resumen, puede considerarse como un meta-perspectivismo, el cual estudia las perspectivas de los autores en sus consonancias y disonancias acerca del tema mismo de la perspectiva, orientándose él mismo desde una perspectiva particular sobre el asunto.

2. IMMANUEL KANT Y LA PERSPECTIVA UNÍVOCA

La influencia de Kant en toda la filosofía posterior es innegable. Su inclusión en este análisis sin embargo no quiere ser forzada sino que se justifica por sí misma. En efecto, la gnoseología kantiana se caracteriza por estar constantemente pendiente del alcance del conocimiento humano; de sus límites, sus posibilidades. Podría decirse que tal preocupación la heredó de Descartes y su duda metódica, con la cual pretendía evitar llegar a certezas

que no estuvieran fundadas en certezas previas indudables. Pero en ese caso podría decirse que Descartes a su vez construyó su modelo de indagación a partir de los sistemas escolásticos (de donde aprendió aquella *prima philosophia*), los cuales intentaban constantemente distinguir el conocimiento natural del sobrenatural, remarcando nuestra finitud frente a Dios. Así podría seguirse retrospectivamente y encontrar esta misma inquietud a todo lo largo de la historia, pues el conocimiento mismo implica trabajar con sus límites, con lo cual cualquiera que lo estudie tendrá esta preocupación.

Por comodidad entonces he preferido comenzar con Kant, pues además parece ser el que más sistemática y persistentemente se dedicó al tema del límite de nuestro conocimiento. Las tres preguntas fundamentales que guían todo conocimiento (“¿Qué puedo saber?”, “¿Qué debo hacer?”, “¿Qué me está permitido esperar?”) y que se resumen en la pregunta antropológica “¿Qué es el hombre?” muestran claramente la preocupación de Kant por delimitar antes que nada el campo de acción que nos es propio como seres humanos. Sus *Críticas* no están dirigidas a otra parte que no sea a las condiciones de *posibilidad* que rigen nuestro entendimiento. El giro copernicano que propone se lo exige así y no podría ser de otra manera, pues si es el sujeto el que contiene las formas que reciben a los fenómenos, es lo posible más que lo actual, las condiciones más que el hecho, el límite más que lo limitado lo que debe importarnos en gnoseología. Tanto es así, que lo *en sí* se nos escapa (Kant diría que es así *porque* se nos escapa) y no lo podemos conocer sino bajo las formas puras de espacio y tiempo.

He aquí la piedra fundamental del perspectivismo, pues significa que no puede existir conocimiento sin una determinación, sin algo dado como lo es el fenómeno. Tanto es así que aun nuestro modo de conocimiento, que es lo más “puro” a lo que podemos aspirar conocer, pues no es un fenómeno sino las condiciones para conocerlo, nos sería ajeno sin la mediación del fenómeno y la sensibilidad que lo intuye. O como explica mejor el propio Kant:

“Aun cuando nosotros pudiéramos llevar nuestra intuición al más elevado punto de claridad, no por eso llegaríamos más cerca de los objetos en sí. En efecto; no conoceríamos, en todo caso, perfectamente más que nuestro mundo de intuición, es decir, nuestra sensibilidad siempre sumisa a las condiciones del tiempo y el espacio originariamente inherentes al sujeto; lo que los objetos pueden ser en sí mismos no lo conoceríamos jamás, aun teniendo la más clara idea del fenómeno, único conocimiento que nos es dado alcanzar”.¹

El problema con llamar a este sistema perspectivismo es que parece tomar a la perspectiva como unívoca e igual para todos. Dice Kant casi inmediatamente después de la cita anterior:

“No conocemos más que nuestro modo de percibirlos [los objetos], modo que no es particular, modo que no puede ser necesario para todos los seres (es decir, igual), aunque sea el de todos los hombres”.²

Así, si bien Kant remarca siempre que es el *modo* de conocer los objetos lo que es universal y no los objetos mismos, tal vez ése sea el problema. Al tratar de buscar lo absolutamente cierto termina encerrándose en las *condiciones* que hacen que eso sea cierto y nada más. El perspectivismo en cambio no puede hacer a un lado el objeto ni negar la particularidad de la experiencia subjetiva, pues la perspectiva es siempre relativa a algo y desde alguien. Sobre este tema retomaré más adelante. Por ahora, sobre Kant, creo que basta con lo dicho.

3. FRIEDRICH NIETZSCHE Y LA SUPERIORIDAD DE LA VIDA FRENTE A LA RAZÓN

A continuación me pareció oportuno seguir la exposición hablando de Nietzsche, ya que forma una oposición a Kant que pretendo resolver en los dos autores siguientes; aunque esta dialéctica es más por comodidad didáctica que por afinidad con el sistema hegeliano.

En el caso de Nietzsche, nos encontramos con que sí usa la palabra “perspectiva”, y muy conscientemente, haciendo de sus ideas gnoseológicas una parte importante en la coherencia de su filosofía. No me atrevo a decir que forma un sistema, porque creo que justamente es lo que intenta evitar Nietzsche a toda costa, pero sí digo que buscaba cierta coherencia en sus indagaciones. ¿Y quién no? El problema con Nietzsche es que esta coherencia tiene como esqueleto sostenedor a la vida, concepto esquivo e indefinible por definición, paradójicamente, porque se refiere a algo siempre dinámico y singular en sí. Con esto quiero decir que la vida se conoce viviendo, lo cual exige una especie de conocimiento distinto del racional kantiano. En efecto, Nietzsche pelea contra la idea de Kant de que el más perfecto conocimiento al que puede (y debe) aspirar el ser humano es el *a priori*, el trascendental. Partiendo de la vida como más originaria que cualquier otra cosa, el conocimiento (sobre todo el científico, kantiano) se vuelve una ilusión o invención humana que enmascara la realidad vital del mundo.

En este sentido, vemos que Nietzsche no puede ser tildado de subjetivista extremo o escéptico (cabe preguntarse si alguien realmente profesó serlo alguna vez), pues tiene una norma objetiva, la vida, aunque más no sea una objetividad *sui generis*. Pero por esto mismo también se convierte esta filosofía en relativismo, pues cada concepto se vuelve engaño y por lo tanto estamos a cada momento inevitablemente perpetuando la ilusión. Lo más perfecto a lo que podemos aspirar es a engañar siendo conscientes de ello y siendo sinceros con los demás respecto a que serán engañados. Esto dice Nietzsche que es el arte. Allí el artista hace uso de los símbolos para crear realidades o verdades vitales que no se entienden del todo racionalmente pero porque exceden la razón en lugar de no llegar a ella.

Ahora bien, el usar símbolos o metáforas implica que no hay una clave única para entenderlos, sino que cada uno tiene múltiples interpretaciones. Esto se justifica a su vez por el hecho de que el concepto reúne cosas desiguales en una idea común y artificial que por ello mismo se aleja de la vida en sí. Dice Nietzsche:

“Todo concepto se origina en virtud de un acto del hombre consciente en iguales cosas que no son iguales. Si es cierto que no hay ni dos hojas que sean absolutamente iguales, no es menos cierto que el concepto de hoja reconoce como origen un arbitrario acto de supresión de estas diferencias individuales, de olvido de lo distinto, y da lugar a la noción de que además de las hojas existe en la Naturaleza algo que es «hoja», algo así como un arquetipo de acuerdo con el cual están conformadas, dibujadas, coloreadas, recortadas, pintadas todas las hojas, pero por manos torpes, así que ningún ejemplar resulta una reproducción fiel y correcta del arquetipo”.³

La interpretación entonces debe ser siempre lo más fiel a la vida posible, con lo cual debe ser lo menos unívoca o cerrada posible. Es aquí donde la perspectiva juega un papel fundamental, puesto que entonces es lo más cercano a la realidad por ser lo que cada uno tiene de particular, distinto del resto e irrepitable. Si seguimos este razonamiento, entonces, lo más objetivo sería ser lo más subjetivos posibles, pues de lo contrario estaríamos viendo cada objeto no como lo que es sino como lo agrupamos en nuestras categorías. Este perspectivismo, sin embargo, sigue siendo, en mi opinión, bastante exagerado. Si bien rescato la crítica que Nietzsche hace al sistema kantiano, me parece que se dirige demasiado lejos en el sentido contrario. Considero cierto que hay que darle importancia a la particularidad de cada objeto pues por algo son distintos y no uno solo. Pero por algo también tenemos esta “facultad de engañar”. Ya la misma ironía de Nietzsche denota

su propia esperanza de que la vida no debería estar tan trágicamente dispuesta, como querría un genio maligno que se complaciese mirándonos engañarnos unos a otros irremediamente. ¿Por qué no conciliar razón y vida? Pues bien, ésa es la propuesta de Ortega, la cual expondré lo mejor que pueda más adelante.

4. EDMUND HUSSERL Y LA REVALORIZACIÓN DE LAS APARIENCIAS

Con Husserl, el perspectivismo vuelve a tomar otro giro. Al revalorizar el aparecer mismo como más que mera ilusión, rescata la visión racionalista de pretender buscar verdades atemporales y totalmente ajenas al sujeto que las conoce. Su fenomenología hace del conocer más que un contacto entre dos sustancias separadas (sujeto y mundo/objeto), una explicitación de la relación inseparable que existe entre los dos. Así, tomando de Brentano la idea de que la conciencia es siempre conciencia *de algo*, deja en claro que no puede existir un alma vacía, inmutable, como tampoco un objeto de conocimiento fuera de un sujeto que lo conozca. En este sentido, está en contra de Kant, pues nunca diría Husserl que puede existir algo así como categorías puras en el entendimiento ni un noúmeno detrás de lo percibido. Y esto es porque ambas cosas implican sendas desconexiones respecto de sus contrapartes.

Para evitar estos errores propone entonces los tres tipos o etapas de reducción (la histórico-filosófica, la fenomenológica-trascendental y la eidética) que suspenden el juicio para intentar quedarse con el fenómeno en sí, tal como aparece. Que esto sea totalmente posible es discutible, pero sí es de notar que tal método parece tener en cuenta la misma preocupación que tenían Kant y Nietzsche (entre tantos otros): buscar primero qué y cómo conocer es más propio del hombre. Lo que caracteriza a Husserl, sin embargo, es que nos exhorta explícitamente a tratar de suponer lo menos posible antes de comenzar a pensar; algo también muy propio de Descartes, por otra parte, en quien Husserl basa expresamente su método a la vez que lo critica.⁴

Ahora bien, en estas reducciones o reconducciones se hace evidente que cada fenómeno no es independiente de su *forma* de aparecer. Esta forma es un límite, una configuración necesaria y esencial a ese fenómeno. Una nota musical o una canción no se me pueden presentar como lo hace una pintura. Sería absurdo tratar (literalmente al menos) de pintar una canción o

dibujar un sonido. Por lo tanto, cada nóema tiene su nóesis respectiva y viceversa. Es esta relación la esencia que hay que descubrir en cada cosa.

De esta forma, Husserl parece empezar a zanjar las diferencias entre racionalistas (que no le dan importancia al punto de vista del sujeto) y relativistas (que no admiten una esencia propia de las cosas más allá de la que crea el sujeto). La perspectiva así parece cobrar un sentido más pleno que en Nietzsche. Husserl habla de *matiz* o *escorzo*, pero la idea es la misma que en la *perspectiva* de Ortega; es decir, se trata de la limitación de lo conocido en el doble sentido que decía al principio del trabajo: como freno o borde y como condición de posibilidad. En efecto, no se puede conocer algo sin conocer cómo es. Y este algo a su vez hace de horizonte para futuras cosas a conocer, pues como no hay nada que no tenga relación con otra cosa, forzosamente todo conocimiento influye en el siguiente. Esto se da por una característica que subraya Husserl que es la de la *apercepción* en el conocimiento. El ver una fachada de una casa no implica solamente eso; implica también que esa fachada significa (nos remite a) las otras tres paredes que nos están ocultas pero que hacen de una casa una casa. Así, todo conocimiento presente señala otros muchos ausentes que no pueden ser ignorados (aunque bien deben ser suspendidos a veces en la reducción si se quiere pasar de un yo “ingenuo” a un yo trascendental que quiera entenderse a sí mismo).

Por todo esto me atrevo a decir que Husserl comparte con Kant el que no exista conocimiento sin determinación espacio-temporal. De hecho, parece compartir también el hecho de que exista conocimiento *a priori*, no ligado al espacio-tiempo. Dice Husserl:

“Es evidente, antes bien, y derivable de la esencia de la cosa espacial, [...] que un ser de tal índole sólo pueda darse, por principio, en percepciones, a través del matiz o el escorzo; como, asimismo, de la esencia de las cogitaciones, de las vivencias en general, que excluyan semejante darse”.⁵

Pero aquí la principal diferencia con Kant es que las *cogitaciones* o vivencias, si bien comparten con el conocimiento *a priori* de Kant el ser no-espaciales, no-matizadas, Husserl las entiende al modo cartesiano, con lo cual incluyen el sentir, el pensar, el recordar, etc... Por lo tanto, también, parece abrirse a una visión perspectivista más abarcadora, teniendo en cuenta las particularidades de cada fenómeno en vez de intentar buscarles una universalidad inmutable y rígida.

5. JOSÉ ORTEGA Y GASSET Y LA PROPUESTA RACIO-VITALISTA

El perspectivismo en Husserl puede parecer de poca importancia dentro de la idea general de su filosofía, pero en realidad es una parte fundamental de la misma. Ortega parece tomar más conciencia de la importancia que tiene la perspectiva en el conocimiento ya que es donde pone siempre el acento. Aquí definitivamente no pasa desapercibida y es evidente la influencia del propio Husserl (de quien fue contemporáneo). Tal vez no sea coincidencia, además, que los tres autores tratados previamente provengan de la misma Alemania que Ortega recordaba tan preciadamente al hablar de su propia formación filosófica (la cual fue marcadamente kantiana, por cierto).

Más allá de todo esto, el perspectivismo de Ortega se destaca de las filosofías de sus predecesores. Haciendo énfasis en la perspectiva, intenta resolver (de alguna manera; es decir, no completamente, lo cual sería contradictorio) la pretensión común entre racionalistas y escépticos, quienes proponen sendas explicaciones igualmente soberbias respecto de la vasta realidad. En efecto, hay un hecho que no debemos dejar de ignorar: somos humanos. Esto significa dos cosas que los medievales ya vieron y trataron largamente: padecemos miserias y logramos grandezas. Decir que podemos conocer una realidad *absolutamente* objetiva, eternamente inmutable y trascendente es negar la participación del sujeto en el acto de conocimiento, por el cual éste está en constante relación recíproca con el mundo. Es por tanto ver sólo la capacidad de *alcance* que tiene la perspectiva. Por el contrario, pretender que es imposible conocer algo que valga universalmente y que por lo tanto cada sujeto crea su propia verdad es por lo mismo igual de soberbio. Porque sólo el que tiene el punto de vista de Dios (por llamarlo de alguna manera) puede decir con certeza que *toda* verdad es objetiva o que *toda* verdad es subjetiva.

Por esto, Ortega le responde a ambos bandos desde el mismo perspectivismo que une tanto la visión kantiana, racionalista, como la nietzscheana, vitalista, en un racio-vitalismo. La intención es acabar con la pretensión de un sistema definitivo para todo problema, atendiendo a las exigencias siempre mutables de la vida, a la vez que se reconoce la posibilidad de alcanzar certezas dándoles el sentido cada vez más pleno que implican y merecen. Claro que no se pretende con ello afirmar categóricamente que se puede llegar a la plenitud alguna vez. Tal vez sí se pueda o tal vez no. Pronunciarse definitivamente sobre una u otra posibilidad

sería conocer el resultado de antemano, algo típico de un sistema. Pero el racio-vitalismo se resiste a todo sistema por todo lo que queda dicho. En palabras de Ortega mismo:

“Hasta ahora, la filosofía ha sido siempre utópica [verdad no localizada, vista desde ‘lugar ninguno’]. Por eso pretendía cada sistema valer para todos los hombres. Exenta de la dimensión vital, histórica, perspectivista, hacía una y otra vez vanamente su gesto definitivo. La doctrina del punto de vista exige, en cambio, que dentro del sistema vaya articulada la perspectiva vital de que ha emanado, permitiendo así su articulación con otros sistemas futuros o exóticos. La razón pura tiene que ser sustituida por una razón vital, donde aquella se localice y adquiera movilidad y fuerza de transformación”.⁶

6. CONCLUSIÓN

Para finalizar, me parece lo más oportuno tratar de explicar el título que encabeza el trabajo. ¿Qué quiero decir con “horizontes”? ¿Por qué me parece analogable esta imagen con el concepto de perspectiva? Lo que quiero resaltar de este aspecto del conocimiento es que es *limitado*, si se ahonda bien en lo que este término implica. Un límite es un freno a nuestra libertad, tanpreciada por nosotros, pero es también por ello mismo, paradójicamente, el borde de un continente (mundo, universo) sin el cual no existiría contención. Parece entonces que este principio es común a toda gnoseología: todo conocimiento tiene un alcance y un límite. De hecho, parece que conocer implica justamente ver, darse cuenta, de estos límites con lo que ellos significan: que si existe el límite, existe lo limitado y que si existe lo limitado existe lo que está “fuera” de ese límite.

Un horizonte, por tanto, es más que una línea, sin dejar de ser nada más que eso. Es lo que separa y une cielo y tierra a la vez. Lo que en el frío vacío del inhabitable espacio exterior no existe ni puede existir. Somos finitos, limitados, contenidos, y como tales tenemos que vivir. Como dice Ortega resumiendo (digo yo, exagerando un poco) siglos enteros de filosofía:

“Desconocer que cada cosa tiene su propia condición y no la que nosotros queremos exigirle es, a mi juicio, el verdadero pecado capital, que yo llamo pecado cordial, por tomar su oriundez de la falta de amor. Nada hay tan ilícito como empequeñecer el mundo por medio de nuestras manías y cegueras, disminuir la realidad, suprimir imaginariamente pedazos de lo que es. Esto acontece cuando se pide a lo profundo que se presente de la misma manera que lo superficial. No; hay cosas que presentan de sí mismas lo estrictamente necesario para que nos percatemos de que ellas están dentro ocultas”.⁷

¹ KANT, I., *Crítica de la razón pura*, §8 Observaciones generales sobre la estética trascendental, trad. FERNÁNDEZ NÚÑEZ, M., El Ateneo, Buenos aires, 1950, 74.

² Ibid.

³ NIETZSCHE, F., *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, Obras Completas, vol. I, Ediciones Prestigio, Buenos Aires , 1970, IV [La formación de los conceptos].

⁴ Cf. HUSSERL, E., *Ideas I*, §31, trad. GAOS, J., Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1962. Lo que Husserl critica es que la duda cartesiana supone la inexistencia de lo que no tiene por cierto. Supone la falsedad de lo que no sabe si es cierto o falso. En la propuesta husserliana, en cambio, el suspender el juicio o “poner entre paréntesis”, no implica ni la existencia ni la inexistencia de la cosa.

⁵ Ibid., § 42.

⁶ ORTEGA Y GASSET, J., *El tema de nuestro tiempo*, Espasa-Calpe, Buenos Aires, 110.

⁷ ORTEGA Y GASSET, J., *Meditaciones del Quijote*, Revista de Occidente, Madrid, 33.